

PHotoEspaña09: haciendo visible lo invisible

La nuestra es una época nostálgica, y las fotografías promueven la nostalgia activamente. La fotografía es un arte elegíaco, un arte crepuscular. Casi todo lo que se fotografía está impregnado de patetismo por el solo hecho de estar fotografiado. Algo feo o grotesco puede ser conmovedor por el solo hecho de estar fotografiado. Algo bello puede suscitar amargura porque ha envejecido, o decaído, o ya no existe. Todas las fotografías son memento mori. Tomar una fotografía es participar de la mortalidad.

Susan Sontag – Sobre la fotografía

Elisa G. McCausland

VALE LA PENA PARARSE a mirar. Buscar lo extraordinario en lo cotidiano y maravillarse de que, aún hoy, cuando todo parece ya estar fotografiado, se pueda obrar el milagro y hacer que la sorpresa surja de una imagen congelada en el tiempo. La duodécima edición del Festival Internacional de Fotografía —PHotoEspaña09— ha decidido correr ese riesgo, el de la mirada inquisitiva, curiosa, lacerante, y ha organizado una muestra donde lo extraordinario está en la intención más que en el resultado. La imagen resulta espectacular por el contexto, por la circunstancia, pero también por el deseo y la voluntad del fotógrafo de hacer visible lo invisible.

De cerca todo es más grande

Fotografía de lo cotidiano es una macroexposición donde realidad y ficción se miran por encima del hombro para luego abrazarse a escondidas. Imágenes robadas al escenario del mundo siguiendo el estilo de los antiguos paseantes, cazadores de momentos decisivos a la manera de Cartier Bresson, perdidos todos ellos en la traducción de sus emociones. Pero en esta muestra el fotógrafo que mira, dispara y atrapa el instante se encuentra con otros habitantes de la escena, abanderados de un cambio en la forma y el fondo; son los teóricos, fotógrafos que en los setenta plantearon otras formas de ver, y que ahora se dan cita en una retrospectiva —titulada *Años 70. Fotografía y vida cotidiana*— donde renovadores de la mirada, como Sophie Calle, reflexionan

sobre identidad e intimidad en su trabajo, o precursores del mal de archivo, como Christian Boltanski, se preguntan sobre la otra vida de las fotografías, la que va más allá del presente continuo.

El comisario Sérgio Mah atiende a la vanguardia, pero no se olvida del espectáculo de lo cotidiano. Las populares imágenes tomadas por Annie Leibovitz, la fotógrafa de las estrellas, se exhiben a unos quinientos metros de otro grande del arte contemporáneo, Gerhard Richter y sus *Fotografías pintadas*. La primera establece un diálogo entre lo público y lo privado —sus fotografías de celebridades en contraste con imágenes privadas y pequeños retratos— mientras que el segundo pone en comunicación fotografía y pintura. A estos dos titanes se les suma «la fotógrafa del pueblo», Dorothea Lange, cuya exposición *Los años decisivos* le recuerdan al ingenuo, al escéptico, al profano por qué sus fotografías son consideradas radiografías de una época.

Desde los márgenes

A la vera de los grandes, un descubrimiento reciente. Su nombre es Sara Ramo y, como si de una *Alicia en el país de las maravillas* se tratara, esta artista multidisciplinar entiende lo pequeño, lo cercano, lo doméstico como materia moldeable, construyendo relatos personales a partir de residuos, cuentos y recuerdos. Sara Ramo juega en su primera individual con vídeos e instalaciones, también momentos atrapados en imágenes fijas —no en vano, la fotografía fue su primer amor—. Algo parecido



Sergey Bratkov, de la serie *Chicas del ejército*.

le ocurre a Sergey Bratkov, que moldea su realidad personal siguiendo los dictados de la cámara. Un fotógrafo que acerca el objetivo a la realidad hasta quemarse, un documentalista de la propia existencia. No son pocos los que utilizan la propia vida como materia prima de su arte, pero en Bratkov hay compromiso social y una cierta tendencia a la crudeza. Realidad en estado puro —su realidad—. Como siempre que alguien mira a través de un objetivo. Ya lo decía la canción: «I am a camera». Dispara. ■

Cromatismo sorollano en el Prado

El Museo del Prado en Madrid ha elegido la época estival para deleitar a los amantes del arte con la mayor recopilación que jamás se ha realizado de la obra del último maestro de sus colecciones: Joaquín Sorolla. Desde el pasado 26 de mayo y hasta el 6 de septiembre cuelgan de las paredes de la pinacoteca madrileña por excelencia un vasto repertorio de los trabajos del pintor valenciano que con tanta maestría supo plasmar la luz y el color.

Carolina López Álvarez

Joaquín Sorolla constituye uno de los mejores ejemplos de la consolidación, a base de trabajo y estudio, de una personalidad artística admirada tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Hablando de su dedicación a este arte, Blanca Pons-Sorolla relata así a su bisabuelo: «Joaquín Sorolla fue un trabajador infatigable, a quien sin duda la inspiración siempre le sorprendió con los lápices o los pinceles en la mano. No desaprovechó oportunidades. Sería imposible de otro modo contar con una producción tan copiosa. Si exagerado fue su empeño por pintar, también lo fue su derroche de sentimiento en lo que hacía». Y es que el maestro Sorolla es uno de los artistas más prolíficos de la historia de la pintura española con una producción de más de 4.000 obras. La muestra del Prado, titulada *Joaquín Sorolla (1863-1923)*, ha logrado reunir de forma excepcional 102 lienzos del artista entre los que se hallan sus obras más laureadas. Procedentes de museos y colecciones de todo el mundo, llegan a nuestra capital famosas creaciones de Sorolla como *Sol de la tarde*, *La vuelta de la pesca* o *Cosiendo la vela*. Y sin necesidad de viajar sino solo ser reubicados dentro del propio museo, nos encontramos con *¡Aún dicen que el pescado es caro!* o *Chicos en la playa*.

Realismo, naturalismo e impresionismo

Son varios los expertos que observan similitudes entre la obra de Sorolla y la desarrollada en el terreno literario por su amigo Vicente Blasco Ibáñez, sobre todo en la conjugación de realismo, naturalismo e impresionismo en torno a una temática común: el mundo de los pescadores.

Los cuadros cargados de contenido social se sucederán con aquellos de argumento más liviano de representación de la vida popular. Obras como *¡Aún dicen que el pescado es caro!* o *Trata de blancas* son dos ejemplos de su pintura social más significativa donde la iluminación comenzaba a jugar ya un papel esencial a la hora de transmitir el dramatismo representado.

Uno de los expertos en su obra, Francisco J. Pérez Rojas, afirmó que sus trabajos son de un «costumbrismo que procede de la observación directa de los tipos y escenas con un estilo cada vez más realista que culmina en una obra casi naturalista (...) Pero en el aspecto en el que fundamentalmente triunfa el naturalismo de Sorolla es en la captación del ambiente y la atmósfera». Ese afán por detener el movimiento, junto con su precisión a la hora de moldear la luz y utilizar el color, le situarán dentro de la corriente impresionista tan de moda sobre todo en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX, aunque con claras diferencias del estilo desarrollado por sus colegas franceses.



Paseo a la orilla del mar (1909). Imagen cedida por el Museo del Prado.

Influencias

La visita de Sorolla en 1881 al museo que hoy expone sus cuadros marcará la admiración que profesó hacia su gran maestro, Velázquez, a quien brindará su más que personal homenaje en algunos de sus cuadros como es el caso de *Desnudo de mujer*, inspirado en la *Venus del Espejo* del artista sevillano. En los retratos familiares colectivos también se aprecia la aplicación de recursos típicos de Velázquez.

Con el mencionado *Sol de la tarde* Sorolla alcanza la cumbre de su madurez artística. Se advierte una particular calidad pictórica sin descuidar su obsesión por la representación del efecto que produce la luz sobre los elementos representados. Las escenas de playa darán lugar a sus obras más emblemáticas, entre las que destacan *Paseo a la orilla del mar* y *La bata rosa*. En esta última son patentes las reminiscencias a la Grecia clásica en la figura de la mujer que recuerda a las esculturas romanas.

El recorrido cronológico por la obra de Sorolla finaliza con la admiración del conjunto de 14 cuadros encargados por la Hispanic Society of America de Nueva York. Todo un homenaje a nuestro país a través del retrato de diferentes escenas de tradiciones regionales en forma de pinceladas sorollanas. ■

PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

Última parada: Santiago de Compostela

Meta de todo buen peregrino, Santiago de Compostela se erige al final del Camino con una majestuosidad imponente. No se trata de una meta común sino de un punto de llegada cargado de simbolismo. A un año de la celebración de un nuevo Año Jacobeo, la Ciudad Vieja de la capital gallega se yergue como si el tiempo apenas pasara por ella. Y es que la constante visita de peregrinos de todo el mundo le confiere un dinamismo que la mantiene siempre viva.

Carolina López Álvarez

LA ESPIRITUALIDAD de los miles de peregrinos que a cada instante alcanzan la ansiada plaza del Obradoiro se mezcla con el júbilo de los cientos de estudiantes y conciudadanos gallegos que allí se dan cita. Esta plaza es un auténtico punto de encuentro de gentes de todos los lugares del mundo pero además, observando los diferentes monumentos que la rodean, se puede decir que constituye un conjunto artístico de inigualable categoría. Es lo que se considera como la Ciudad Vieja de Santiago de Compostela, reconocida como Ciudad Patrimonio Cultural de la Humanidad en el año 1985.



Foto: Turismo de Santiago

Lugar de peregrinación por excelencia

La ciudad de Santiago de Compostela, tal y como la conocemos hoy, nace en el año 813 coincidiendo con el hallazgo de la supuesta tumba del apóstol Santiago en estas mismas tierras. Dicho descubrimiento marcaría una auténtica revolución para aquel lugar, convirtiéndolo al poco tiempo en uno de los lugares más importantes de peregrinación cristiana de la talla de Jerusalén y Roma. Se asistió entonces al levantamiento de los primeros edificios como es el caso de la basílica construida sobre los restos del mausoleo del apóstol. El saqueo sufrido en el año 997 a manos de las tropas de Almanzor terminaría con la destrucción de dicha iglesia. Sobre estas ruinas sería edificada en 1075 la catedral románica que hoy preside la ciudad, finalizada en el año 1211 y, junto con ella, toda una reforma

urbanística protagonizada por la ampliación y refuerzo de las murallas. Y todo ello gracias al auge de las peregrinaciones y del poderío económico de personajes y señoríos feudales de gran influencia en la península ibérica.

Imponente catedral

En la plaza del Obradoiro, imponente como si se tratara del mismísimo apóstol que mira desde lo alto a los peregrinos, se alza la catedral de Santiago diseñada con planta de cruz latina y tres naves. En la parte exterior de la catedral destacan sobremanera los pórticos por los que se puede acceder al templo. En la entrada oeste se halla el conocido como Pórtico de la Gloria, obra cumbre de la escultura románica ejecutada por el Maestro Mateo y terminada en el año 1188. Compuesto por tres arcos, el conjunto de más de 200 figuras de granito representa el mensaje de la salvación. La expresividad de algunas esculturas y la bóveda de crucería constituyen un anuncio del estilo que pronto se instalaría también en Compostela, el gótico. La fachada de la catedral sería construida en el siglo XVIII con marcado estilo barroco bajo la premisa de servir de protección a la antigua portada medieval ante condiciones climatológicas adversas. El templo contempla una conjunción de estilos artísticos heredados con el paso de los años y que, sobre todo en el caso del románico y del barroco, sirvieron de influencia en el arte del norte de nuestro país.

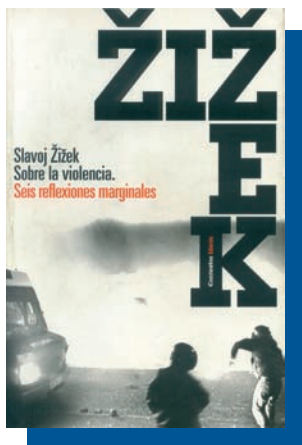
Monumental conjunto

Al norte de la plaza del Obradoiro, la cual recibe su nombre por el taller de canteros instalado en dicho espacio durante la construcción de la catedral, se encuentra el Hostal de los Reyes Católicos concebido para albergar una gran hospedería para dar cobijo a enfermos y peregrinos. Se considera una de las mejores obras de estilo renacentista plateresco.

Al oeste, se admira el Palacio de Rajoy, ordenado levantar por el arzobispo que le da nombre en 1766 con marcado carácter horizontal. La edificación que hoy acoge la sede del ayuntamiento posee una fachada de gran dimensión abierta en la parte inferior en forma de soportal.

La ciudad recoge en sus entrañas un sinfín de palacios, templos, monasterios, plazas y calles componiendo uno de los núcleos urbanos más bellos, tal y como figura en los múltiples galardones que ostenta. El esplendor artístico y la armonía que despliega a través de sus monumentos románicos, góticos y barrocos otorgan a Santiago su más que merecida fama, no solo como lugar de culto, sino también como centro turístico de primera magnitud. ■

ENSAYO



Slavoj Žižek Sobre la violencia

Una misma tesis recorre las seis reflexiones marginales a las que alude el título de este ensayo; existe una violencia denominada «subjetiva» —visible, identificable, obvia— y hay otras dos, acusadas de «objetivas», que componen el triángulo teórico sobre el que se construye este libro —violencia «simbólica», a la manera de Heidegger, y violencia «sistémica», asociada esta «a las consecuencias del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económico y político». Slavoj Žižek, filósofo de corriente marxista lacaniana, propone un ejercicio crítico en las páginas de este libro donde se dan cita la violencia, la cultura de masas y la política internacional.

Zizek insta al lector a que se plantee las estructuras. Empuja al respetable a cuestionarse los orígenes de la violencia que él denomina «subjetiva» y que puede ser invisible, «pero que ha de tomarse en cuenta si uno quiere aclarar lo que de otra manera parecen ser explosiones irracionales de violencia».

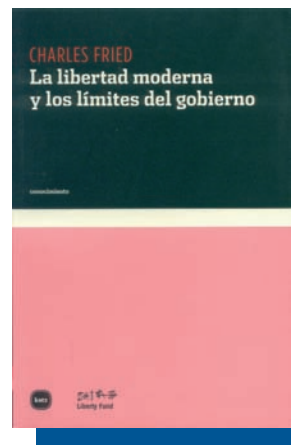
Sobre la violencia forma a la vez que entretiene. Este filósofo ha logrado con sus obras algo que parecía imposible dentro de la didáctica del ensayo filosófico; esto es, diluir las fronteras entre alta cultura y cultura popular en pos de un discurso lacerante, crítico, corrosivo que no deja títire con cabeza y que cuestiona las incongruencias de un sistema capaz de elevar la tolerancia a categoría ideológica, pero que es incapaz de ver que la causa última de la violencia está en el miedo al prójimo.



Vicente Verdú El capitalismo funeral

A la vera de la reciente crisis económica, el sociólogo y escritor Vicente Verdú, se ha sacado de la manga un pequeño ensayo que, subtítulo *La crisis o la Tercera Guerra Mundial*, busca esclarecer las dudas suscitadas por el bache económico —por no decir crack— que azota al nuevo siglo. Fiel a su estilo —accesible y orgánico— Verdú teje su argumento, capítulo a capítulo, enmarcando los orígenes de esta crisis lejos de los planteamientos sistémicos, propios de economistas, y ligándolos a la teoría de la complejidad: «lo importante no son las partes sino, especialmente, las conexiones entre ellas», sobre todo en los tiempos de la globalización, donde todo el orbe depende de las partes —unos más que otros— para existir.

El lector asiste a un desfile de intangibles, empezando por la avaricia, pasando por la liquidez y ambigüedad de los géneros y terminando por las relaciones interpersonales diluidas. El discurso especulativo de Verdú juega con la idea de una Tercera Guerra Mundial sin sangre —la Gran Crisis ocupa su lugar— haciendo paralelismos con las dos anteriores y aludiendo a una «especulación globalizadora» como responsable del presente, no solo económico, también cultural. La crisis como un virus que, alimentado por el miedo, se reproduce y alimenta ese «Gran Mal» al que el autor hace referencia, pero que también trae consigo el antídoto, el germen de los nuevos tiempos, de otro mundo posible cuya esperanza podría haber aparecido cuando menos se esperaba.



Charles Fried La libertad moderna y los límites del gobierno

«La libertad, igual que la gloria, el placer, la tranquilidad o la belleza, no es solo un instrumento; es en sí misma una clase particular de bien. Y tal y como ocurre con la gloria, el placer y la belleza ¿acaso los hombres no procuran y aumentan su libertad violando la de los demás?» Pero, no se confundan, este ensayo no trata la problemática de la libertad individual desde la abstracción, sino que la aborda desde las posibilidades del ciudadano en el Estado del Bienestar.

Charles Fried habla de libertad en contraste con igualdad y comunitarismo, pero también plantea preguntas incómodas —sobre sexo, sobre libertad y derechos, sobre los límites del gobierno—. Para ello propone ejemplos prácticos que ayudan al lector a que se haga una idea del concepto de libertad que este autor propone: «La libertad es lo que define nuestra posición frente a otras personas y frente al gobierno mismo, que debe reconocer y proteger esa posición». Sutil, didáctico y argumentativo, Fried expone sus argumentos delicadamente, sin que duelan, pero con una intención clara, la del replanteamiento; aparentemente neutral, termina llevando al lector a su terreno, el de las constituciones, las leyes, las tradiciones y la práctica jurídica. Filosofía del Derecho para una sociedad del bienestar en decadencia, que no duda en arrimarse al neoliberalismo, pero que a su vez no puede dejar de prescindir del cobijo estatal.

*Textos: Elisa G. McCausland.